

Cultura, propaganda y opinión en el primer franquismo

Francisco Sevillano Calero

Universidad de Alicante

«El mando es el ejercicio normal de la autoridad. El cual se funda siempre en la opinión pública -siempre, hoy como hace diez mil años, entre los ingleses como entre los botocudos. Jamás ha mandado nadie en la tierra nutriendo su mando esencialmente de otra cosa que de la opinión pública.»

(J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, XIV, 1930)

Un juicio comúnmente aceptado en el balance historiográfico del franquismo es que apenas se ha producido un debate general que contribuya a explicar precisamente las relaciones entre la sociedad española y la dictadura en torno a las bases culturales y la dimensión simbólica de la política a partir de la propia experiencia cotidiana y la interiorización de la cultura en la persona. No obstante lo controvertido de este enfoque, lo cierto es que la búsqueda de legitimidad constituye un elemento esencial en la dominación política, como pone de manifiesto la renovación que, desde los años sesenta, se ha producido en la historiografía internacional sobre el fascismo, en especial en los casos paradigmáticos de Italia y Alemania, a partir del creciente interés prestado a la manipulación de las masas, las formas de dominación carismática y, en último término, la reacción popular ante los regímenes fascistas. De este modo, la atención a las relaciones entre cultura, propaganda y opinión a través del análisis del modelo socializador del régimen franquista y la «imagen» que de sí mismo pretendió imponer

sobre la conciencia de los españoles constituye, en primer lugar, un punto de referencia importante para considerar hasta qué punto lo sucedido en España es equiparable a lo ocurrido en Italia y Alemania bajo el fascismo. En segundo lugar, este enfoque global permite completar las aportaciones parciales que, desde principios de los años ochenta, se han venido produciendo acerca de los principales organismos encuadradores del régimen, el aparato educativo y, en menor medida, la propaganda ¹.

1. La «nacionalización de las masas» en los fascismos europeos

El debate sobre la relación entre el régimen fascista y la sociedad italiana ha estado fuertemente polarizado en torno al posible alcance del consenso y de la oposición a partir de las afirmaciones que Renzo De Felice hiciera en 1974 ² acerca de la capacidad de Mussolini y de los dirigentes fascistas de crear un vasto consenso en torno al régimen entre 1929 y 1934. En este sentido, se ha prestado gran atención al estudio de la «organización del consenso» desde el poder ³, si bien este cuadro interpretativo no ha sido unánimemente compartido. Una de las principales objeciones al respecto fue la formulada por Guido Quazza, para quien al alto grado de coacción ejercida correspondió una pasiva y resignada aceptación, no habiendo verdadero consenso porque no hubo participación ⁴.

¹ Este último aspecto, en "elación con los medios de comunicación y su influencia social, constituye el problema central de mi libro *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo* (1936-1951), Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1998.

² *Mussolini il duce. Gli anni del consenso* (1929-1936), Turín, Einaudi, 1974.

³ *Vid.*, como exposición de conjunto, G. SANTOMASSIMO, «Clase subalterne e organizzazione del consenso», en *Storiografia e fascismo*, Milán, Franco Angeli, 1985, pp. 99-] 17. Entre las aportaciones más significativas al respecto caben citar Ph. V. CANNISTRARO, *La fabbrica del consenso. Fascismo e mass media*, Roma-Bari, Laterza, 1975; V. DE GRAZIA, *Consenso e cultura di massa nell'Italiafascista. L'organizzazione del Dopo-lavoro*, Roma-Bari, Laterza, 198]; así como G. TUHI, *Il fascismo e il consenso degli intellettuali*, Bologna, Il Mulino, 1980.

⁴ G. QUAZZA, *Resistenza e storia d'Italia. Problemi e ipotesi di ricerca*, Milán, Feltrinelli, 1976, principalmente el capítulo segundo «Consenso e violenza nel Regime», pp. 70-104.

Recientes contribuciones historiográficas han ofrecido nuevas perspectivas que contribuyen a aclarar esta vieja polémica, dando paso la inicial polarización de posturas a una interpretación flexible y ecléctica que ofrece una imagen más pragmática y dinámica de la imposición y de las relaciones entre el fascismo y la sociedad, redefiniéndose, en este sentido, el significado de la violencia política, el carácter del adoctrinamiento y el alcance de la movilización política más allá de la concepción monolítica del Estado fascista. Si la violencia aparece estrechamente unida al ascenso de los fascismos, lo cierto es que para los fascistas no era sólo un medio, sino que la violencia constituía un principio ideológico esencial que ayudaba a mantener su cohesión, al tiempo que fue un factor más que contribuyó a la imposición del consenso con los nuevos regímenes⁵. Por otro lado, la conquista de las masas fue un objetivo central del fascismo, siendo fundamental, como afirma Philippe Burrin, «la traducción en actos de una voluntad de movilización total de la sociedad según las líneas de una ideología exclusiva»⁶. En este sentido, como primero señalara Georg L. Mosse para el caso alemán y después Emilio Gentile para el fascismo italiano, adquiere pleno significado el proceso de «nacionalización de las masas» a través del simbolismo político, los ritos, las concentraciones de masas y el arte monumental, produciéndose «la difusión de un culto político de masa que aspiraba a realizar el ideal del ciudadano viril y virtuoso, dedicado en alma y cuerpo a la nación»⁷. La nacionalización de las masas —a través de la integración y la homogeneización de la sociedad en el nuevo Estado «totalitario»— pretendía asegurar así la obediencia al régimen de gobierno, despertando y fomentando, para ello, la creencia en su «legitimidad», sobre todo en el carácter «carismático» de la autoridad del jefe⁸, confirmándose así la importancia de las bases culturales y la dimensión simbólica de la política.

Pero la conciencia no sólo es conformada a través de los procesos de socialización desde el poder mediante la interiorización de la cultura

⁵ La compleja relación entre violencia y consenso ya fue señalada por Alberto AQUARONE, «Violencia e consenso nel fascismo italiano», en *Storia contemporanea*, X, núm. 1, febrero 1979, pp. 145-155.

(Ph. BURRIN, «Politique et société: les structures du pouvoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazi», en *Annales ESe*, vol. 43, núm. 3, mayo-junio 1988, p. 617.

⁷ E. GENTILE, *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993, p. 311.

⁸ Vid., en este sentido, la obra de Jan KERSHAW, *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, Clarendon Press, 1987.

en la personalidad, sino que también es el resultado de la experiencia cotidiana. En este sentido, ha sido la historiografía sobre el nazismo la que ha experimentado una profunda renovación en las últimas décadas, sobre todo a partir de la contrastación empírica de la teoría del «totalitarismo» tal y como fuera formulada en el ámbito académico norteamericano en los años cincuenta. Desde esta perspectiva, la Alemania nazi es considerada un Estado totalitario en el que la población había sido atomizada y movilizada a través del sistema de terror y de unas sofisticadas técnicas de propaganda, criticándose las negativas implicaciones de este modelo que reduce al pueblo alemán bajo el nazismo a una masa anónima de individuos aislados al servicio de la nación y su líder. Especialmente revelador al respecto resulta el estudio de las vivencias y las reacciones de los alemanes bajo el Tercer Reich, aspecto que ha centrado el interés de la *Alltagsgeschichte* o «historia de lo cotidiano» en Alemania. Un primer punto de discusión a partir de este enfoque se ha producido en torno al concepto de «resistencia». Resaltado por Martin Broszat en su monumental estudio sobre Baviera⁹, la tesis de la resistencia intenta describir los modos de conducta cotidianos que trazaban los límites del alcance del fascismo. No obstante, investigaciones diversas han puesto en entredicho la idea de los alemanes como «víctimas», destacando la aceptación pasiva o indiferente, el apoyo, incluso la simpatía de las «masas» hacia el nacionalsocialismo, también entre los trabajadores¹⁰. En suma, el resultado más significativo de este enfoque ha sido mostrar cómo ni la conducta ni la trayectoria vital individual muestran algo consistente, sino que la ambigüedad fue la práctica en la conducta cotidiana.

⁹ *Bayern in der NS-Zeit*, 6 vols., Munich-Viena, Oldenbourg Verlag, 1977-1983.

¹⁰ *Id.*, como balance al respecto, A. LÜDTKE, «De los héroes de la resistencia a los coautores. *Alltagsgeschichte* en Alemania», en *Ayer*, núm. 19, 1995, pp. 49-69, además de L. NIETHAMMER (ed.), *Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet 1930 bis 1960*, 3 vols., Berlín-Eonn, 1983-1985 (conjunto de estudios sobre la región del Ruhr); D. PEUKERT, *Volksgenossen und Gemeinschaftsajifremde. Anpassung, Ausmerze und Aufbegehren unter dem Nationalsozialismus*, Köln, Bund-Verlag, 1982, y los distintos trabajos que, en honor al propio M. BROSZAT, aparecen recogidos en C. NATOLI (ed.), *La resistencia tedesca 1933-1945*, Milán, Franco Angeli, 1989.

2. **Cultura y propaganda en el «nuevo Estado» franquista**

Resulta evidente que el empleo de métodos de coacción y persuasión ideológica, principalmente a través de la manipulación y la movilización de las masas, jugó un papel esencial en el ascenso y la consolidación de los fascismos europeos. Precisamente, el proceso de fascistización del Estado franquista fue más intenso en los resortes del poder orientados hacia la manipulación de las masas, como eran los mecanismos propagandísticos y la política laboral y social, en concreto a través de aquellas ramas de la administración controladas directamente por el sector falangista del partido único: el Ministerio de la Gobernación -de Interior, a lo largo de 1938-, y el Ministerio de Trabajo y los sindicatos. Eran sobre todo estos ámbitos los que -siguiendo primordialmente el ejemplo italiano- habían de servir de vanguardia en la construcción de un Estado totalitario. Sin embargo, el modelo estatal defendido por el sector falangista entró en abierta contradicción, fracasando finalmente, con el inmovilismo y los intereses meramente reaccionarios de una parte de los militares del entorno del propio Franco y de los sectores más conservadores del régimen. Desde los mismos comienzos del «nuevo Estado», la contradicción y las tensiones caracterizaron, así, la fascistización del aparato ideológico y propagandístico, pues la cultura y la enseñanza -uno de los resortes del poder más fascistizados tras la conquista del Estado por los fascismos europeos- quedaron en manos de los tradicionalistas y los católicos, con una penetración marginal de Falange. En consonancia con ello, la evidente desmovilización de la sociedad, que se obtuvo mediante el empleo de los mecanismos tradicionales de control social, coincidió con el mayor alcance de los medios socializadores de la Iglesia católica en el control de las costumbres y de la moral y en el adoctrinamiento de la sociedad española a través de la política cultural y del aparato educativo.

Sólo una parte -aunque importante- del aparato propagandístico permaneció bajo el control directo del partido único, en especial las cadenas de prensa y radio pertenecientes al Movimiento. Pero la política informativa y la labor propagandística también fueron elementos de disputa por el poder en el franquismo, sobresaliendo las dificultades que siempre tuvo el partido único para obtener un control firme y

duradero de los resortes de la propaganda ¹¹. La concepción esencial de la información en los inicios de la dictadura franquista parte de la subordinación de la prensa, y en general de todos los medios de comunicación, a la autoridad del Estado como principal garante del «onlen» y del «bien común», planteamiento que, junto a la proclamación del estado de guerra, se tradujo en el control de la información a través de la censura militar en los primeros momentos de la Guerra Civil. No obstante, la rápida fascistización del régimen, y más concretamente el control directo de la política informativa por Falange, explican las pretensiones que inspiraron la Ley de Prensa de 1938, y en general la política comunicativa de aquellos años, pues se culminó momentáneamente la definición de un marco legal que sancionaba la intervención estatal de los medios de comunicación a partir de una concepción totalitaria de la propaganda, orientada a la creación de una «cultura popular» y a la formación de una «conciencia nacional» según el modelo propagandístico, sobre todo, de la Italia fascista. Sin embargo, la Ley de Prensa sirvió esencialmente para sancionar el control de la información por el Estado frente a la línea de exclusividad que proklamaba el partido único, como de hecho se fue concretando a nivel institucional y en las estrategias a seguir según la evolución política general a partir de 1941, y sobre todo una vez acabada la guerra mundial, como consecuencia de la adaptabilidad de la dictadura ante las cambiantes circunstancias del contexto internacional y de las mismas contradicciones internas en el poder franquista. En este sentido, cabe hablar realmente de un proyecto inacabado y de un totalitarismo «imperfecto» en el ámbito de la comunicación –al menos desde la óptica de las relaciones entre el partido único y el Estado–, que en gran medida resultó incoherente con el resto de la política cultural y educativa de corte tradicional y confesional, que escapó al control directo de Falange. Como balance de este período, a principios de 1944 Juan Beneyto afirmaba, a partir de unos planteamientos apriorísticos entusiastamente totalitarios, que «la legislación española de Prensa y Propaganda se encuentra en este momento cubriendo una etapa de transición», concluyendo que

¹¹ Esta línea argumental aparece desarrollada en E. GONZÁLEZ CALLEJA, «La prensa falangista y la prensa del Movimiento y del Estado: consideraciones sobre su origen y desarrollo», en M. TUÑÓN DE LARA (dir.), *Comunicación, cultura y política durante la 1ª República y la Guerra Civil*, tomo II, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1990, pp. 495-517.

«carente de una ordenación completa, en régimen de ensayo, el sistema intervencionista establecido en España durante el período 1936-1943 representa un conjunto de ideas y de instituciones que no pueden dejar de interesar al jurista [...] La ordenación de Prensa y Propaganda en 1936-1943 no puede decirse que sea semejante a la establecida en países intervencionistas, mientras de otra parte ha revelado extraordinarias posibilidades de adaptación. Se trata, más que nada, de una experiencia protegida por la tutela del Poder público»¹².

En los años sucesivos, el inicial proyecto falangista experimentó un proceso de «desnaturalización» en medio de la pugna católica por un cambio en la política de prensa con el objetivo esencial de proteger los intereses y la expansión de sus propias publicaciones. Ello se hizo cada vez más patente en el enfrentamiento con el ministro de Educación Nacional, Ibáñez Martín, lo que explicaría que el sector católico acabara perdiendo el control administrativo de los medios de comunicación que tuvo desde 1945, a través de la Subsecretaría de Educación Popular, como sucedió con la creación del Ministerio de Información y Turismo en julio de 1951. De este modo, la designación de Arias Salgado, ahora como ministro de Información y Turismo, y Juan Aparicio, quien volvió a ocupar el puesto de director general de Prensa, significó la vuelta a la línea falangista que se había caracterizado sobre todo por su fidelidad a Franco. La actividad desarrollada desde el Ministerio en esta nueva etapa de la política comunicativa se caracterizó por el renovado rigor censor y orientador de la información -fundamentada teóricamente a partir de los postulados del derecho natural cristiano y del «paternalismo» estatal-, así como por una intensa labor reguladora de los medios de comunicación, en especial de la radiodifusión, que fue precisamente en los años cincuenta cuando conoció un extraordinario desarrollo. Hay que señalar que esta nueva separación de funciones entre los ministerios de Educación Nacional e Información y Turismo reprodujo las divisiones que venían caracterizando la política cultural del franquismo, ya que mientras que Ruiz Giménez, ministro de Educación, protagonizó un intento aperturista e integrador en el quehacer cultural y educativo, la labor al frente de los medios de comunicación social de Arias Salgado estuvo marcada por el integrismo católico y la intransigencia ideológica.

Las consideraciones anteriores muestran cómo la política informativa se caracterizó esencialmente por el control de los medios de comu-

¹² J. BENYTO PÉREZ, *Planteamiento del régimen jurídico de prensa y propaganda*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1944, pp. 19 Y60-61.

nicación y la intervención de la información, produciéndose, por contra, la lenta y tardía concreción institucional de un modelo propagandístico específico no sólo por las propias circunstancias políticas, sino también por la oposición que las pretensiones inicialmente totalitarias suscitaron entre los sectores más conservadores y católicos del régimen, de modo que Falange tuvo dificultades para obtener un control firme y duradero de los resortes institucionales de la propaganda, fracasando finalmente en su proyecto autónomo de crear un modelo propagandístico de corte totalitario.

Esta cuestión guarda, en última instancia, una estrecha relación con la problemática de los orígenes de la dictadura franquista. En el contexto histórico de la profunda crisis que caracterizó la quiebra de los Estados liberales en la Europa de entreguerras, el franquismo irrumpió como una «dictadura reaccionaria» por sus mismos orígenes sociales e ideológicos y sus particulares relaciones con la sociedad española del momento, lo que no implica pasar por alto las concomitancias que existieron con los fascismos en medio de su ascenso y, consiguientemente, obviar la ambigüedad y las tensiones que caracterizaron su proyecto de Estado y el proceso de socialización de la población en los valores y las ideas del régimen. En este sentido, hay que insistir una vez más en que el intento de legitimación del «nuevo Estado» protagonizado por Falange -sobre todo a través de un aparato encuadrador y propagandístico, que, inspirado en el fascismo y dirigido a la «nacionalización de las masas», había de servir como vanguardia en la construcción de un modelo totalitario de Estado- no sólo se produjo sobre una base ideológica en la que fue central el elemento tradicional y católico -lo que de por sí mismo contradice el supuesto carácter fascista del régimen-, sino que esencialmente chocó con la evidencia de una sociedad desmovilizada por la derrota en la guerra y la represión, quedando sometida sobre todo a un segundo modelo socializador de corte tradicionalista, en lo político, y confesional, en lo religioso, que, tutelado por la Iglesia católica, fue defendido principalmente desde las principales instituciones culturales y a través del aparato educativo, puesto que el alcance social de la capacidad adoc-trinadora de los medios de comunicación fue limitado, no obstante su evidente potencial persuasivo, que suscitó el interés y las disputas por su control.

En consonancia con la labor esencialmente depuradora del oficio periodístico y de censura de la información, la propaganda quedó redu-

cida principalmente a sus aspectos coercitivos en un principio, participando del relativo fracaso del resto de los aparatos socializadores, sobre todo de los organismos encuadradores de Falange. De esta forma, la labor propagandística a través de los medios de comunicación fue un mero apéndice de los mecanismos tradicionales de control social, y sobre todo de la represión, destacando por su capacidad coercitiva al reducir toda expresión disidente a la *espiral del silencio*. Así, la agobiante presión ideológica hizo que la gente permaneciera sumida en la privacidad de su vida cotidiana al quedar ahogada por el miedo al aislamiento y al castigo en el momento de exponer determinadas opiniones que no contasen con el suficiente apoyo público y oficial. Pero si la capacidad *coercitiva* de la propaganda fue innegable, no lo fue tanto su influencia *persuasiva* en la consecución de adhesión o a lo sumo de la aceptación de la dictadura, pues sus efectos fueron limitados. Además de la desconfianza hacia la información difundida «oficiosamente» y la importante atención prestada a los medios de comunicación clandestinos por importantes grupos de la población, lo cierto es que, en general, el acceso a la información fue reducido y sus efectos directos afectaron prácticamente a sectores concretos, produciéndose asimismo la disonancia de gran parte de los mensajes propagandísticos con las predisposiciones de la gente y su propia experiencia cotidiana.

La limitada accesibilidad a la información fue debida, en primer lugar, a las deficiencias estructurales que afectaron a los medios de comunicación. En este sentido, durante la dictadura se acentuó aún más el atraso y la debilidad de la estructura informativa en España, sobre todo de la prensa, si bien hay que destacar la creciente importancia de nuevos medios, como la radio. Precisamente, el contexto político y, más en concreto, el marco jurídico en el que se desarrolló la información constituyeron condicionantes fundamentales de los límites y la capacidad de los medios de comunicación por el rígido control estatal. Pero en la incidencia de la propaganda también incidieron los acusados desequilibrios sociales en la exposición a los medios, situación que repercutía en los niveles de información. Así, por ejemplo, el elevado índice de personas mal informadas y sin información puede observarse en un sondeo del *Servicio Español de Auscultación de la Opinión Pública*, que, en el mes de abril de 1943, abordaba el tema de la información de actualidad preguntando acerca de los nombres de varias personalidades destacadas en la vida española, el número de ministerios que existía, el conocimiento del himno de Falange y de las consignas polí-

ticas, y el concepto que los entrevistados tenían de la palabra «Imperio» referida a España ¹³.

**Cuadro I. Niveles de información general
en 1943 (en porcentaje)**

Información excelente	. 8,36
Información buena	. 17,74
Información mediana	. 24,18
Información mala	. 32,62
Sin información	.. 16,6

Fuente: «Cómo influye en la información de los españoles la Prensa y la Radio...», p. 490.

Los fuertes desequilibrios en la exposición a los medios de comunicación es patente si se atienden a los datos globales por sectores profesionales -como muestra el cuadro 2-, pues eran aquellos pertenecientes a las clases sociales más bajas los que arrojaban una proporción mayor de personas peor informadas, aumentando notablemente el grado de información entre los grupos más acomodados, como eran los profesionales liberales, los funcionarios públicos y los militares, quienes, por otro lado, normalmente se identificaban con la ideología y los valores del régimen. Sin embargo, la mayoría de las personas ocupadas en la agricultura, la pesca, los transportes y el servicio doméstico presentaba unos acusados índices de mala información, si bien hay que apuntar que los niveles aumentaban entre los obreros industriales de las zonas urbanas y entre quienes estaban empleados en el comercio.

¹³ Los resultados de esta encuesta fueron publicados inicialmente en la época; *vid.* «Cómo influye en la información de los españoles, la Prensa y la Radio», en *Gaceta de la Prensa Española*, núm. 20, Madrid, enero 1944, pp. 488-502. Si bien hay que puntualizar que la fiabilidad de estas primeras encuestas estaba condicionada tanto por las deficiencias técnicas en su elaboración como por su fuerte sesgo político e ideológico, estos sondeos poseen un carácter indicativo, pues, en muchos casos, los datos aportados son los únicos de que se disponen. Tal es el caso, sobre todo, de las encuestas que se referían a los medios de comunicación y al grado de información política, acerca de cuya representatividad distintos informes emitidos por las delegaciones provinciales de la Vicesecretaría de Educación Popular coinciden en señalar la exactitud de gran parte de la información obtenida como consecuencia del carácter poco comprometido de la mayoría de las preguntas formuladas en este tipo de encuestas.

Cuadro 2. Influencia del grupo profesional en el grado de información en 1943 (en porcentaje)

	Grado de información				
	Excelente	Bueno	Mediano	Malo	Sin información
Agricultura	7,07	13,76	19,65	40,17	19,35
Pesca	5,79	8,69	18,84	59,42	7,26
Industria	9,81	13,03	33,33	33,5	10,26
Comercio	10,11	22,51	26,9	27,29	13,19
Transporte	6,15	15,89	20,51	33,38	22,07
Servicio doméstico	0,4	8,79	7,4	31,94	51,47
Profesiones liberales	17,28	36,41	21,6	17,28	7,43
Administración	20	29,41	25,29	21,76	3,54
Militares	27,52	22,01	26,6	19,26	4,61

Fuente: «Cómo influye en la información de los españoles la Prensa y la Radio...», p. 498.

En consonancia con lo anterior, cabe señalar que los medios de comunicación tuvieron principalmente unos efectos indirectos y ambientales, pues influyeron sobre todo en los conocimientos por la consonancia, el carácter acumulativo y la reiteración de los contenidos propagandísticos en una situación de control estatal de la información. Así, por ejemplo, en una nueva encuesta sobre los hábitos de lectura de prensa, realizada a principios de 1945, el 30 por 100 de los consultados opinaba que la información periodística influía de algún modo en las conductas, mientras que el 52 por 100 afirmaba que sólo influía en los conocimientos, señalando el 18 por 100 restante que no influía en modo alguno¹⁴. Sólo a partir de mediados de los años cincuenta los medios de comunicación empezaron a rentabilizar su enorme potencial persuasivo al ir rectificándose las limitaciones estructurales que habían afectado a la información y los fuertes desequilibrios sociales en su consumo, destacando la influencia sobre todo de la radio y, más tarde, de un nuevo medio como era la televisión. Pero la mayor capacidad de manipulación de la propaganda fue debida esencialmente al alto grado de consonancia que durante el «desarrollismo» de la década de los sesenta se produjo entre el mensaje propagandístico y la predisposición de la gente.

¹⁴ «El Instituto Español de la Opinión Pública y la Prensa», en *Anuario de la Prensa Española*, año II, Madrid, 1945-1946, p. 878.

No obstante, algunos temas de la propaganda franquista sí que habían alcanzado un éxito relativo en el imaginario colectivo. Fue el elemento carismático en torno al mito del «Caudillo» el que constituyó, en todo momento, el eje integrador y articulador del ideario y la propaganda del régimen, convirtiéndose la figura de Franco en catalizadora de todos los valores del régimen, artífice de todas las consecuciones políticas y sociales, y, en última instancia, garantía de continuidad en beneficio del orden y la paz. Pero la propaganda también fue logrando fijar los conocimientos en aquellos aspectos más alejados de la experiencia cotidiana, pero siempre en estrecha relación con los intereses y las expectativas de la población, como así sucedió con la política exterior¹⁵. La acción diplomática constituyó un importante elemento propagandístico al servicio de los intereses políticos del régimen no sólo mediante la acción cultural en el exterior, sino también a través de la propaganda en el interior del país. Sobre todo la constante reiteración de la «neutralidad» del régimen en los últimos años de la guerra mundial coincidía con los deseos de una población que, mayoritariamente preocupada por su subsistencia cotidiana, permaneció contraria a la intervención por temor a que ello agravara las ya de por sí difíciles condiciones de vida. En medio de las crecientes presiones internacionales, incluso una parte de la población -normalmente calificada como apática- se hizo eco del tono de «resistencia» de la propaganda, llegando a movilizarse puntualmente en las concentraciones promovidas desde el poder al creer atacadas la independencia y la soberanía nacionales. Del mismo modo, la persistencia de un discurso nacionalista, antiliberal y, sobre todo, profundamente anticomunista, coincidiendo con el nuevo cariz político de las instituciones de la dictadura, reforzó la sensación de fortaleza interior del franquismo en medio del aislamiento. Así, desde principios de 1950 los comentarios «públicos» insistían en las mejoras diplomáticas que paulatinamente iba consiguiendo el gobierno, con un mayor optimismo en la pronta normalización de las relaciones internacionales de España, comentándose incluso la posibilidad de que ello repercutiera en una mejora de la situación económica del país. Precisamente, las autoridades franquistas procuraron dirigir hacia este últi-

¹⁵ *Vid.*, al respecto, F. SEVILLANO CALERO, "Propaganda y política exterior en el franquismo (1946-1955)", en J. TUSELL, I. AVILÉS, R. PARDO, M. CASANOVA, A. MATEOS, I. SEPÚLVEDA y A. SOTO (eds.), *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 1997, pp. 399-413.

mo aspecto la labor propagandística en un intento de capitalizar los «éxitos» de la política exterior.

3. Conciencia política y opinión bajo el primer franquismo

En líneas generales, la conciencia política bajo el franquismo era compleja tras la aparente apatía e indiferencia. Si, por un lado, la mayoría de la «gente común» vivía en un estado de ambigüedad cotidiana en la que el rechazo, la resignación y la aceptación pasiva de la dictadura podían mezclarse en una misma persona a partir de la «percepción» de su situación cotidiana y de la presión a la que se veía sometido, por otro, el comportamiento de muchos españoles estuvo influido asimismo por la prolongación –sobre todo hasta finales de los años cuarenta– de la cultura política de preguerra y por el recuerdo de las vivencias durante la Guerra Civil. Pero la completa desarticulación y desmovilización de la sociedad civil desde el poder a través de la coacción hizo que el individuo permaneciera relegado al ámbito de su vida privada y a la exclusiva percepción de la realidad cotidiana más inmediata. Precisamente, en medio de una población sometida sobresalió la mayor capacidad de penetración social del adoctrinamiento de carácter tradicional y religioso tutelado por la Iglesia, como se señalaba, por ejemplo, desde el Gobierno Civil de Granada en 1938, reconociendo las autoridades rebeldes que, en «el sentimiento de disciplina generalizado en todas las clases», también influía:

«la exaltación de los principios religiosos, que ahora se sienten más profundamente. Como es sabido, en esta materia religiosa era la indiferencia juntamente con la ignorancia una de sus lacras; hoy, aun cuando no creamos que se haya vuelto plenamente al sentimiento católico de los tiempos esplendorosos de España, sí que hay que recoger un retorno a los principios de la Iglesia. Ciertamente que muchos practican queriendo hacer de este modo patente su adhesión; que en otros hay más que nada un sentimiento supersticioso y que gran parte sigue sumida en la anterior ignorancia, porque en este respecto de la enseñanza religiosa poco se viene haciendo; pero es cierto que la influencia de la religión se deja sentir en el orden moral conllevando, dentro de lo posible, la relajación de costumbres que toda guerra lleva consigo»¹⁶.

16. AGA, Sección de interior, Ministerio de la Gobernación, c. 2790, *Memoria del Gobierno Civil de Granada*, 1938.

En el proceso de fascistización del Estado, la tutela de la Iglesia sobre el adoctrinamiento político dirigido por Falange era omnipresente hasta en los más pequeños lugares del país. A finales de 1940, se informaba desde la Jefatura Provincial de FET y de las JONS de Barcelona que si la hostilidad hacia el régimen franquista no llegaba a exteriorizarse era debido al peso de la victoria por las armas y a la vasta represión desatada. Ante esta situación, se señalaba que para el sometimiento y la posterior atracción de las «masas» se requería una mayor presencia de fuerzas de orden público y de milicias del partido, una elevación y mejora del nivel de vida, una intensa campaña propagandística y el encuadramiento de los «productores», considerándose a *Acción Católica* como la única fuerza con significación política que, al margen del partido único, ejercía una importante labor propagandística, actividad que era considerada como paralela e incluso contraria a los intereses falangistas entre la juventud y las mujeres, consiguiendo importantes resultados sobre todo en los pueblos de la provincia de Barcelona ¹⁷.

Una vez superados los momentos de máxima tensión para la supervivencia del régimen en los meses inmediatos que siguieron al final de la guerra mundial, el ambiente político general continuaba caracterizándose por la aparente tranquilidad, señalándose en los propios informes confidenciales que ello obedecía esencialmente a la debilidad de la oposición clandestina en el interior, la constante vigilancia policial y la sensación de firmeza ante las presiones exteriores ¹⁸. Consiguientemente, el ambiente público, como ocurría entre los trabajadores, se caracterizaba por la aparente calma política detrás de la que existía un creciente malestar social, mientras que, al mismo tiempo, comenzaron a manifestarse los primeros síntomas del fracaso de la socialización política de la juventud, sobre todo entre los universitarios. A mediados de 1949, la Delegación Nacional de Provincias de FET y de las JONS elaboró diversos informes sobre el ambiente político entre los trabajadores ¹⁹. En ellos, se ponía de manifiesto la existencia de una opinión «latente», sobre todo acerca de aquellos asuntos más próximos a la

¹⁷ AGA, Sección de Presidencia, Secretaría General del Movimiento, Delegación Nacional de Provincias, c. 31, *Informe político de Barcelona de la Delegación Nacional de Información e Investigación*, noviembre 1940.

¹⁸ AGA, SP, SGM, DNP, c. 165, *Parte mensual de abril de 1948 de la Jefatura Provincial de FET y de las JONS de Barcelona*, 12 de mayo de 1948.

¹⁹ AGA, SP, SGM, DNP, c. 240, *Cuestionarios y resúmenes sobre el ambiente político entre los trabajadores* (estos informes se refieren a las provincias de Córceba, Vizcaya, Zamora y Zaragoza).

experiencia cotidiana de la mayoría de los trabajadores como eran los problemas de subsistencia por la escasez de los productos racionados, creyéndose necesario la supresión de la Fiscalía de Tasas; el estraperlo; los bajos salarios; el aumento del paro; o la necesidad de viviendas. Por contra, el interés por las cuestiones políticas era escaso y de carácter esporádico según la trascendencia de los acontecimientos. Unos meses después, en octubre de 1949, los enlaces del Sindicato Textil de Barcelona dirigieron a las autoridades competentes un informe sobre el ambiente político y los problemas que afectaban a los obreros del ramo, lo que permite profundizar en el conocimiento de algunos de los aspectos anteriormente señalados ²⁰. En este escrito, se destaca el malestar existente entre los obreros debido a la falta de empleo por la agudización de la crisis económica desde 1948 y a la disminución de su capacidad adquisitiva, al tiempo que se criticaba la necesidad de tener que acudir al mercado negro para adquirir los productos de primera necesidad dado el pésimo funcionamiento del racionamiento. Respecto a su situación laboral, los trabajadores reclamaban que las autoridades franquistas prestasen mayor atención a sus problemas, denunciando la libertad con la que, por contra, actuaban algunos empresarios y la ineficacia del sindicato vertical al no ocuparse de las condiciones laborales de los obreros y, principalmente, de todo lo concerniente al contrato de trabajo. La política social era asimismo objeto de críticas, ya que en general se consideraba que las distintas cuotas de los seguros gravaban en exceso los escasos salarios. Como consecuencia de todo ello, y ante el incumplimiento de una mejora salarial del 20 por 100 en el Sector Agua del Sindicato Textil de Barcelona, los trabajadores procedieron a una reducción de la producción en un 50 por 100 a lo largo del mes de noviembre como forma de protesta ²¹.

Junto al sector más concienciado de los trabajadores, serán los estudiantes universitarios el otro colectivo que más destacó en la movilización contra la dictadura. Si bien al final de la guerra mundial persistía la apatía general entre los estudiantes universitarios, el acceso a la Universidad de nuevas generaciones hizo que se manifestaran, junto a la contestación de los grupos monárquicos y católicos, los primeros síntomas de frustración entre una parte de los estudiantes falangistas

²⁰ ACA, SP, SGM, DNP, e. 254, *Parte mensual de octubre de 1949 de la Jefatura Provincial de FET y de las JONS de Barcelona*.

²¹ AGA, SP, SGM, DNP, c. 254, *Parte mensual de noviembre de 1949 de la Jefatura Provincial de FET y de las JONS de Barcelona*.

adoctrinados en los principios de la revolución nacional-sindicalista, adoptando una actitud inconformista frente a la realidad que les era impuesta desde el poder. Pero ello no se tradujo inmediatamente en un rechazo abierto como consecuencia de la proximidad del recuerdo de la Guerra Civil, el hecho de que el proyecto socializador no hubiese fracasado todavía y la inexistencia de canales políticos de expresión apropiados²². Así lo ponían de manifiesto los resultados de una auscultación sobre el ambiente político entre los universitarios españoles realizada entre los meses de febrero y junio de 1949²³. Según los resultados globales, la mayoría de los universitarios mostraba un escaso y esporádico interés por las cuestiones políticas, a excepción de una minoría formada por los dirigentes falangistas del SEU y algunos individuos que simpatizaban con otras tendencias políticas. En este sentido, se apuntaba en el balance final del Servicio de Auscultación:

«Hay que lo tienen [interés por la política], y son sumamente activos; otros sólo se interesan cuando las circunstancias les obligan a reaccionar. Un grupo final concede principal importancia a las actividades deportivas o se dedican a frivolidades, en el mejor de los casos, intrascendentes. Entre los del segundo grupo, políticos esporádicos, y que constituyen la mayoría, podemos filiar a todos los que por alguna razón disienten de la actual política gubernamental y han enfriado sus entusiasmos de la postguerra.»

Del mismo modo, el delegado del SEU en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid señalaba en su informe:

«Aun siendo de distinto criterio político, aun viviendo apartados de la vida activa del SEU, la inmensa mayoría de los universitarios de Filosofía y Letras piensa que el punto de partida ineludible son las teorías de José

²² Vid" al respecto, M. A. RUIZ CARNICER, «Actitudes políticas, sociales y sindicales de los estudiantes universitarios españoles (1939-1960)», en *L'université en Espagne et en Amérique Latine du Moyen Age a nos jours*, vol. 1, Tours, Publications de l'Université, 1991, pp. 397-422.

²³ AGA, SP, SGM, DNP, c. 240, *Cuestionarios y resúmenes sobre el ambiente político entre los universitarios*. Esta auscultación fue llevada a cabo por la Secretaría General del Movimiento en los centros universitarios de Barcelona, Madrid, Murcia, Salamanca, Santa Cruz de Tenerife, Santiago de Compostela, Sevilla, Valencia, Valladolid, Vizcaya y Zaragoza, a través de las contestaciones de los jefes de facultad o de los centros de estudios del SEU a un cuestionario de diez preguntas que, junto a los informes de los jefes de distrito universitario del Frente de Juventudes o los delegados provinciales del SEU y de los jefes provinciales del Movimiento, fueron remitidos a la Delegación Nacional de Provincias.

Antonio, expuestas en sus discursos generalmente bien conocidos. No pensemos por esto que todos son falangistas en un sentido oficial. Muchos creen que la fuerza de la Falange se ha perdido en otros organismos burocráticos, donde son imprescindibles los timbres móviles y las instancias. Se ha perdido en una CNS anquilosada que está muy lejos de poseer un auténtico espíritu revolucionario. Tal es su pensamiento. Por ello viven apartados y sólo cuando las circunstancias se agravan y es necesaria la acción directa y contundente de un momento determinado.

Por otro lado, los que no han perdido la fe siguen trabajando, pese a todo. Aun éstos necesitarán pronto de la acción, de la consigna clara y directa, de la continuidad política de la doctrina del Fundador.»

Sólo en los momentos de mayor tensión, aumentaba la escasa atención prestada a las cuestiones internacionales, existiendo una mayor preocupación por los asuntos políticos internos, como el fracaso y la falta de orientación de la Falange, el predominio del Ejército en la vida pública, la sucesión de Franco y la institucionalización del régimen, el exceso de burocracia y su falta de moralidad, la escasa ambición de la política española y los problemas económicos. Por otro lado, y aparte de los falangistas, existían otras minorías, tales como tradicionalistas, monárquicos, organizaciones confesionales católicas -principalmente el Opus Dei-, nacionalistas vascos y unos pocos individuos calificados como «marxistas», no tratándose de minorías políticas dadas que tuvieran un cuerpo doctrinal preciso, a excepción de los grupos inspirados en la democracia cristiana. Estas minorías llevaban a cabo actividades al margen del SEU, sobre todo de carácter propagandístico y proselitista para la captación de nuevos adeptos, especialmente los monárquicos y el Opus Dei. Este panorama constituye uno de los mejores indicadores para valorar de forma adecuada el alcance de la socialización en los valores del franquismo, destacando las contradicciones y el rápido fracaso principalmente de la labor llevada a cabo por las organizaciones juveniles y estudiantiles falangistas frente a la mayor capacidad adoctrinadora inicialmente del ambiente religioso y conservador que caracterizó la educación de muchos jóvenes.

De este modo, se asiste a la paulatina transformación de la conciencia política de los españoles como muestra, en primer lugar, la ruptura generacional en determinados sectores de la juventud, sobresaliendo las consecuencias entre una parte de los jóvenes de las contradicciones de la actividad socializadora, como acaba de ser indicado; las nuevas formas organizativas y de oposición a la dictadura; y la conciencia

de la realidad y los nuevos problemas de una sociedad en proceso de cambio. Precisamente, y además del relevo generacional que caracterizó las protestas obreras de estos años, la ruptura se manifestó abiertamente en los sucesos estudiantiles ocurridos en febrero de 1956, destacando desde entonces la movilización de una parte de los estudiantes universitarios en contra de la dictadura. Si en los años anteriores el malestar no estalló en ninguna protesta fue debido, como señalara Dionisio Ridruejo, a diversas causas:

«La primera es que el hecho mismo de la guerra había sido demasiado enérgico y el peso de sus consecuencias demasiado aplastante para no cohibir a todos aquellos que las hubieran sufrido, aun en edad tierna, a la hora de discutir sus resultados o, como si dijéramos, modificar sus conclusiones.

La segunda es que los jóvenes de estas generaciones intermedias no podían creer que *esto* se iba acabando, como sin duda lo creen hoy los jóvenes más tiernos. En consecuencia, el proyecto de su vida tenía que hacerse contando con *esto*: una situación que, a lo más, se adivina como perfectible, pero no como superable. Los años pasan, las personas envejecen, los cambios -**aun** por vía puramente **natural**- no pueden tardar.

La tercera es que la fe y el entusiasmo de los participantes en la guerra era aún, quince y hasta diez años atrás, mucho más generales que la decepción y el desencanto. Las ideas no se habían acartonado, los proyectos parecían detenidos sólo por causas de fuerza mayor, la memoria de frustraciones pasadas era más fresca. Todo esto se contagiaba como hoy se contagia lo contrario.

La cuarta es que aún no habían madurado los frutos de la paupérrima, monótona, rutinaria educación que se ha ido dando a los jóvenes, sobre todo en el orden político, aunque también en el religioso [...]

La quinta, en fin, es la crecida obstaculización que hay para la salida profesional de los jóvenes estudiantes -**por** ocupación previa de plazas y por el aumento del número en concurso, aunque no sea **más**- y la nulidad absoluta de las oportunidades de presentación o intervención política que se abren -**es** decir, se cierran- ante ellos» ²⁴.

Lentamente, entre la apatía general y el conservadurismo iba aumentando el rechazo al sistema social y político imperantes, aflorando unos nuevos valores reformistas y liberales. Muy clarificador resulta también al respecto el informe sobre la situación de la juventud que Pedro

²⁴ «Declaración personal e informe polémico sobre los sucesos universitarios de Madrid en febrero de 1956 de Dionisio Ridruejo», en R. MESA (ed.), *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de 1956*. Madrid, Universidad Complutense, 1982. p. 295.

Laín Entralgo, entonces rector de la Universidad Central de Madrid, realizara en diciembre de 1955 y en el que, entre otras cosas, señalaba:

«En orden a la vida política, la masa de los estudiantes universitarios vive por ahora bastante más cerca de la indiferencia reticente que de la preocupación apasionada. Hállase, por lo general, efectivamente distanciada de cuanto estima "oficial" y puede seguir en el futuro caminos muy diversos de los que hoy ofrece nuestro Movimiento [...]

En suma: la masa de nuestros estudiantes universitarios, insatisfactoria en cuanto a sus apetencias y actividades intelectuales, muéstrase sana en su moral rutinaria y poco "peligrosa" en su religiosidad, y espiritualmente disponible frente a muy diversas incitaciones de índole política, sobre todo frente a las que de un modo sugestivo ofrezcan justicia social, participación real en la vida pública y abertura del horizonte profesional, hoy tan arduo y estrecho para el común de los jóvenes.

Muy otro es el caso de la minoría [...] La minoría activa y operante del alumnado universitario hállase, sin duda, profunda y diversamente inquieta. Tal inquietud es intelectual, política, social y religiosa, por lo que toca a su contenido, y exigente, petulante y un poco mesiánica en lo que a su forma atañe.

Intelectualmente, esa minoría se siente descontenta del pábulo científico, filosófico y literario que la sociedad española le brinda, así como en el seno de la Universidad como fuera de ella. No discutamos ahora el fundamento real de ese sentimiento; limitémonos a consignar su existencia indudable. La inquietud política consiste, ante todo, en una viva desazón por el futuro de España y en la crítica acuciosa de falta de brío de nuestro Estado para resolver con justicia y eficacia los problemas de la vida española, sobre todo los de orden social y administrativo. Cualesquiera que sean las tendencias hoy perceptibles dentro de la minoría estudiantil -la falangista, la monárquica y la democrático-radical- todos sus grupos comulgan en la desazón y en la crítica antes señalada. Un movimiento de opinión marxista no es todavía aparente, pero no sería extraño que fuese fraguándose entre aquellos cuya conciencia social -muy viva e impaciente en el alma de nuestros jóvenes- es propensa al radicalismo, y no sea pronta y adecuadamente asistida en el orden intelectual y en el orden religioso»²⁵.

Tras la consumación a finales de los cincuenta de la ruptura generacional protagonizada por determinados sectores de la juventud, sobre todo por parte de los estudiantes universitarios, la progresiva transformación de la sociedad española implicó también la paulatina asi-

²⁵ «Informe de don Pedro Laín Entralgo respecto a la situación espiritual de la juventud española», en R. MESA (ed.), *Jaraneros y alborotadores...*, op. cit., pp. 46-47.

milación de nuevos valores liberales y democráticos dentro de un ambiente general que continuaba caracterizándose, como había venido sucediendo desde el mismo momento de la instauración de la dictadura, por la apatía. Así, entre la indiferencia de la mayoría y la creciente desilusión de unos pocos se fue produciendo un cambio en las actitudes e ideas, quedando sometida la conciencia política de los españoles a un lento proceso de aprendizaje político —de carácter informal y latente— a partir de las propias contradicciones de las prácticas socializadoras del régimen franquista y, sobre todo, las consecuencias vitales y culturales del cambio generacional, tal y como muestra la elaboración subjetiva de su experiencia por los jóvenes en medio de la transformación estructural de la sociedad. En este sentido, puede señalarse que, de cara al hecho político de la transición después de noviembre de 1975, para estos jóvenes la paulatina asimilación de nuevos valores liberales y democráticos, cuando no claramente radicales, tuvo tanta o más importancia que el recuerdo de la Guerra Civil, que indudablemente sí que la tuvo para sus mayores ²⁶.

²⁶ Sobre la memoria colectiva y el recuerdo de la Guerra Civil, *vid.* P. AGUILAR FERNÁNDEZ, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.